

te. Entre los desbandados se contaban á la verdad algunos reclutas franceses, si bien en número escaso, y no alejándose mucho del ejército que en aquellos países distantes era su verdadera patria.

Bajo el cañon de Torgau hallóse el mariscal Ney el 8 de setiembre con todas sus tropas. Segun debía esperarse, entre los diversos estados mayores reinaba acrimonia extremada. Ney se quejaba de la lentitud de Reynier y de Oudinot, pero sobre todo de la débil ayuda del primero, cuyas divisiones sajonas flaquearon en lo mas critico del lance. Reynier, defendiendo á los sajones, acusaba al mariscal Ney de haberlo comprometido todo de resultas de la falsa maniobra, que habia llevado las divisiones de Oudinot de izquierda á derecha. Oudinot, el menos acre de los tres, manifestaba que habia marchado tan presurosamente como se le previno, y achacaba la falta de su lentitud al general en jefe, que no habiendo sabido prever la batalla, no tuvo aquel dia sus cuerpos de tropas bastante inmediatos unos á otros.

Al alcance de todos se halla lo que puede haber de verdad en estas tristes recriminaciones con el simple relato de los hechos precedentes. La cita en Baruth, señalada por Napoleon de una manera general, y tomada demasiado á la letra por el mariscal Ney, que se apresuró á ejecutar un movimiento de flanco aventurado y prolongado sobremanera; este movimiento, bien ejecutado el primer dia, no tanto el segundo, y sin precauciones bastantes: la lenta llegada de los cuerpos, imputable al general en jefe, y algo tambien á sus lugartenientes, que por su parte debieron preveer una batalla y tenerla por segura al oír el cañoneo; la fatal circuns-

tancia del viento y del polvo, que levantaba entre todos los cuerpos una nube impenetrable á la vista; el ardor de Ney en el fuego, que le impulsó á absorberse en el mando de un cuerpo solo, en vez de atender al conjunto; la órden sensible dada á Oudinot para dejar la izquierda por la derecha; y por último, la inclinacion de los aliados á desbandarse; tales fueron las causas de la pérdida de esta batalla, algunas de ellas accidentales sin duda, bien que las mas de ellas se enlazaban á las generales, señaladas tantas veces por nosotros, y que amenazaban á nuestras cosas con próxima ruina.

Llegado á Torgau encontró allí Ney lo que llamaba una especie de *infierno*. Además del descontento de los soldados y de las recriminaciones de los gefes que le era forzoso aguantar, además de la barahunda de fugitivos á quienes necesitaba hacer entrar en órden, además de la dificultad de proveer á cuánto hacia falta, sobre todo á la aproximacion del eaemigo que ya estaba casi á las mismas puertas de Torgau, le asaltaba á Ney el recelo de ver insurreccionarse á los sajones. Enfrenáolos poco Reynier, que mal humorado abogaba por ellos en demasia, le amenazaban con la defeccion sin rebozo. Se habia prescripto llevar ganado á la orilla derecha del Elba, para abastecer la plaza de Torgau y al ejército mismo. No solo se negaron los sajones á ejecutarlo, sino que se apoderaron de un parque recién reunido y distribuyeron las cabezas de ganado á los paisanos sajones del contorno. De semejante desobediencia á la rebelion, no habia mas que un paso. Por lo demás no movia á estrañeza que en un ejército compuesto de tan diferentes elementos produjesen este quebranto moral dos

batallas perdidas en el curso de doce dias; antes bien asombrara que pasasen de otra manera las cosas. Ney, a semejanza de Macdonald y de Oudinot, escribió al emperador para suplicarle que le exonerara del mando.—Prefiero, [decia noblemente, ser granadero á ser general en tales condiciones: pronto estoy á derramar toda mi sangre, pero ansio que sea con provecho (1).—Apoyado sobre

(1) Véase esta curiosa carta, que pinta la situacion mejor que cuanto pudiera decirse.

*El príncipe de la Moskowa al mayor general.*

Wurtzen, 10 de setiembre de 1813.

«Deber mio es declarar á V. A. S. que es imposible sacar buen partido de los cuerpos de tropas 4.º, 7.º y 12.º en el estado de organizacion que tienen actualmente. Por derecho estos cuerpos están juntos, si bien no lo están de hecho: cada uno de los generales en jefe obra poco más ó menos segun cumple á su seguridad propia; y me es dificilísimo obtener una situacion en el punto á que las cosas han llegado. Singularmente quebrantada se encuentra la moral de los generales y de casi todos los oficiales; mandar de este modo no es mas que mandar á medias, y preferiria ser granadero. Os ruego, señor mio, que alcanceis del emperador ó que sea ya solo general en jefe, teniendo á mis órdenes nada mas que generales de division de ala, ó que se digne apartarme de este infierno. Juzgo que no necesito hablar de mi adhesion; pronto estoy á derramar toda mi sangre, pero ansio que sea con provecho. En el actual estado únicamente la presencia del emperador podria restablecer el conjunto, porque todas las voluntades ceden á su genio, y todas las pequeñas vanidades desaparecen ante la magestad del trono.

»También debe estar V. A. S. enterado de que manifiestan malísimo espíritu las tropas extranjeras de todas las naciones, y de que ofrece dudas, si la caballeria que aqui tengo es mas nociva que provechosa.»

Torgau y sobre el Elba, podia Ney embarazar algunos dias el paso del rio, aunque no disputarlo por largo tiempo, al menos sin nuevos socorros, y especialmente contra la reunion de fuerzas que era fácil prever hácia esta parte de nuestra línea de defensa.

Mientras ocurrían estos sucesos, vuelto Napoleón á Dresde el 7 por la noche, fué llamado de nuevo el 8 por la mañana cerca del mariscal Saint-Cir al campo de Pirna, para hacer cara á los rusos y á los prusianos, que al parecer insistían en el ataque hasta el extremo de hacer verosímil una empresa seria. Napoleón deseaba que así fuera; mas ¡ahl que no lo esperaba. Su grande tacto militar no le permitía creer que cuando hubiera una operacion formal se intentara por Dresde, tras de lo aconecido durante los dias 26 y 27 de agosto. No creía mas que en una simple demostracion por tanto: sin embargo, dirigióse á Pirna con su Guardia y una porcion de la caballeria de reserva, de vuelta de Bautzen aquella misma mañana, y trasladóse otra vez al lado del mariscal Saint-Cir para concordar lo que se debía hacer á vista de esta nueva ocurrencia.

No habiendo descubierto los rusos y los prusianos ni la Guardia, ni la caballeria de reserva, que señalaban la presencia del emperador de continuo, persistieron en su movimiento ofensivo, y Saint-Cir que retrocediendo habia llegado hasta las márgenes del riachuelo Muhlitz cerca de Muegeln, no queria repararlo. Este riachuelo, nacido en las montañas de Bohemia, va á desaguar cerca de Muegeln en el Elba. Repasándolo se abandonaban definitivamente las alturas y del todo se quedaba

repelido hacia el llano. Con la mira de tornar á la ofensiva muy pronto, quiso el mariscal Saint-Cir mantenerse mas allá del Muhlitz y defendió la orilla con quedarse en Dohna. Llegando Napoleon el dia 8 por la mañana, mucho antes que los refuerzos que debian seguirle, pensó al modo que el mariscal Saint-Cir, que con la certidumbre de ser apoyado muy luego, el cuerpo 14.º podia avanzar en masa contra el enemigo sin dejar ninguna reserva. Con efecto, se formaron al punto las tres divisiones del cuerpo 14.º en columnas de ataque, y empujaron vigorosamente de abajo á arriba á las tropas de Wittgenstein y de Kleist. De un lado recuperóse la meseta de Gieshubel en el camino de Peterswalde, y de otro fueron arrolladas en direccion de Liebstadt las masas que se tenian al frente por el camino de Furstenwalde. No obstante, los coaligados se replegaron sin precipitacion alguna, y de manera de dejar duda sobre la actitud que tomarian al dia siguiente. ¿Se retiraban ó se mantendrian firmes? Tal era la cuestion que ni Napoleon ni el mariscal Saint-Cir se hallaban en disposicion de resolver todavia. Por lo demás resueltisimos á marchar enérgicamente contra el enemigo á la otra mañana, si pensaba hacerles cara, pasaron juntos el dia y comieron en union de Murat y Berthier á uso de guerra, ó por decirlo asi, del vivaque.

En este momento, el 8 por la noche se supo la noticia de la pérdida de la batalla de Deanevitz por conducto de un ayudante. Este era el cuarto suceso infausto despues de las dos grandes victorias de Dresde, pues contábamos ya el del Katzbach, el de Gross-Beeren, el de Kulma y el de Dennewitz, sin

un solo triunfo para compensar estos duplicados golpes de la fortuna. Sobre todo este último tenia gravedad inmensa, porque además del efecto moral creciente, con la serie de desgracias, situaba en peligro la parte inferior del Elba, y nos exponia á ver cruzado este rio por nuestra izquierda, al par que, bajando del Erz-Gebirge el ejército de Bohemia sobre nuestra derecha, amenazara definitivamente rebasarnos, y juntarse al cuerpo que por Wittenberg hubiese pasado el Elba. Al punto se le alcanzó á Napoleon la trascendencia de este suceso. Sin embargo, permaneció tranquilo, y ni á los ojos maliciosamente escudriñadores del mariscal Saint-Cir dejó que se trasluciera la mas leve señal de alteracion ni de enojo contra el mariscal Ney. Sin duda fuera disculpable un momento de arrebató: con todo, en esta expansion familiar de militares que hablaban entre sí de la profesion de las armas, no apareció que juzgara lo que acababa de acontecer sino bajo el aspecto del arte.—¡Dificilísimo oficio es el nuestro! exclamó varias veces, y como penetrado de las dificultades de este grande arte, al cual solo el de gobernar supera; expuso con admirable exactitud de critica y sin severidad alguna las faltas cometidas durante esta corta campaña de tres dias, empezada en Wittenberg y concluida en Torgau tan pronto. Jamás quiso ver en estas faltas otra cosa que una prueba de las dificultades del oficio; á menudo repitió que la guerra era una cosa singularmente árdua, que se necesitaba de mucha indulgencia respecto de los que se dedicaban á este ejercicio, y personalmente acreditó la mas rara equidad, como si un presentimiento sobrehumano le advirtiera entonces que muy

luego necesaria él mismo de esta justicia indulgente que reclamaba para los generales desafortunados. Arrastrado por el fuego de la conversacion, en que era deslumbrador siempre que se entregaba á ella, dijo que los generales no dedicaban suficiente reflexion á sus operaciones; que, si llegaba á tener tiempo, se proponia escribir un libro, donde se les enseñaran los principios de la guerra, de modo que la aplicacion fuese clara y fácil para todos, y habló de este proyecto de escribir un dia, como si previera que pasaría los seis últimos años de su vida en un cruel destierro, reducido á escribir sobre una roca del Océano. El mariscal Saint-Cir, á quien hacia á veces paradojista su propension á llevar la contraria, sostuvo que el general nacia y no se hacia, que los generales en envejecer en el ejercicio de su profesion ganaban poco, y que el mismo Napoleón habia hecho su mas hermosa campaña á los veinte y seis años. Napoleon concedióle que sin duda, cuando los generales no se hallaban dotados por la naturaleza con ciertas facultades, les aprovechaba poco la experiencia, y engolfándose en lo pasado, dijo.—Solo hay uno, que meditando continuamente sobre su oficio, ha ganado en envejecer, y es Turena...—

Asi despues de una noticia terrible, que variaba su posicion de una manera considerable, pasaba Napoleon la velada disertando sobre su arte, y embelesando á sus oyentes, á pesar de no ser benévolos todos. ¡Hombre singular y prodigioso, que, no habiendo nacido flemático, llegaba por virtud del poder de su talento á sacudirse de sus negocios presentes, á darlos al olvido, á desdeñarlos, á juzgarlos desde la altura del águila, que de un raudo

vuelo se escapa de la tierra para cernerse en las eminencias del cielo!

Sin embargo, no se forjaba ilusiones, y discurrendo que en su vasto imperio todo se habia previsto para la conquista y nada para la defensa, quiso que de un modo indirecto llegara al ministro de la Guerra la órden de dedicar la atencion á las plazas del Rhin. Escribir personalmente al duque de Feltre, que empezaba á dudar de la posibilidad de mantenerse en Alemania, era una confesion costosa y sobre todo preñada de peligros, pues la emocion del que recibiese esta confidencia podria muy bien dar margen á que fuera divulgada. Por consiguiente ideó aquella misma noche que Mr. de Basano escribiera al ministro Clarke una carta en cifra y concebida en los términos siguientes:

8 de setiembre de 1813.

«De tal modo se atropellán los sucesos, que, aun dejando á S. M. eventualidades felices y brillantes, exige la prudencia que se prevean contrarias. Creo propio de mi deber, querido duque, explicarme con vos confidencialmente.

»No es el ejército ruso nuestro mas peligroso enemigo. Ha experimentado pérdidas de monta, no está reforzado, y exceptuando su caballeria, que es bastante numerosa, no representa mas que un papel secundario en la lucha en que se halla metido. Pero la Prusia hace grandes esfuerzos. Una exaltacion llegada al mas alto punto ha favorecido por extremo al partido que ha abrazado su monarca. Sus ejércitos son considerables, sus ge-

nerales, sus oficiales, sus soldados, están muy animosos. Con todo, Rusia y Prusia no hubieran ofrecido mas que obstáculos débiles á nuestras huestes, pero la accesion de Austria ha complicado la cuestion de una manera extraordinaria.

»Aun es nuestro ejército brillante y numeroso, por mucho que le hayan costado las victorias adquiridas; pero cansados los generales y los oficiales de la guerra, no tienen ya aquel movimiento que les impulsaba á dar cima á grandes cosas. Se halla demasiado extendido el teatro. Siempre que el emperador se presenta, sale triunfante; pero no puede estar en todas partes; y pocas veces corresponden á sus esperanzas los gefes que mandan aislados. Ya sabeis lo que le pasó al general Vandamme. El duque de Tarento ha experimentado reveses en Silesia, y el principe de la Moskowa acaba de ser batido al marchar sobre la capital de Prusia.

»En tales circunstancias y con el genio del emperador aun se puede, mi querido duque, esperar lo todo. Pero tambien cabe en lo posible que las eventualidades contrarias influyan de una manera funesta sobre los negocios. No se debe temerlo demasiado, pero si considerarlo posible y no descuidar nada de lo que exige la prudencia.

»Os presento este cuadro á fin de que lo sepais todo y de que obreis en consecuencia.

»Bien hariais en velar para que las plazas se pusiesen en buen estado y se juntase dentro mucha artillería, pues tenemos á menudo pérdidas muy ensibles de esta clase. Secretamente deberiais entenderos con el director general de provisiones, para hacer en las plazas del Rhin acopios extraor-

dinarios, y últimamente para aprestar de antemano cuanto conviene, á fin de que en circunstancias extraordinarias no experimente S. M. nuevos embarazos y de que no os coja desprevenido. — Ya conocéis que, al escribiros de este modo, he reflexionado bien sobre todo lo que pasa á mi vista, con la seguridad de que en nada de esto hago cosa que á S. M. pueda servir de disgusto. Quizá un gran triunfo lo cambie todo, y vuelva á poner los asuntos en el estado próspero en que la inmensa ventaja conseguida por S. M. los tenia ya colocados.

»Acusadme, si os place el recibo de esta carta.»

Al dia siguiente 9 se dirigió Napoleon desde muy temprano sobre el terreno, para observar con sus propios ojos los movimientos del enemigo, y prescribir en consecuencia sus disposiciones. A la mano tenia el primer cuerpo, recién organizado por el conde de Lobau, y apostado delante de Zehist sobre el camino de Peterswalde, el 14.º alineado á las órdenes del mariscal Saint-Cir delante de Dohna, sobre el camino de Furtenswalde. Algo detrás en Mugeln, si bien en disposicion de obrar, tenia las tres divisiones de la Jóven Guardia á las órdenes del mariscal Mortier, y la caballería ligera de la Guardia á las de Lefebvre Desnoette. Se hallaban en Dresde el resto de la Jóven y la Vieja Guardia, el cuerpo de Marmont, y la caballería de Latour-Maubourg, para atender á los accidentes imprevistos. Bastante lejos hácia la derecha, á algunas leguas soare el camino de Freyberg, vigilaba el mariscal Victor los pasos de Bohemia á Leipsick al frente de su cuerpo de tropas. Los cuerpos 1.º y 14.º y las tres divisiones de la Jóven Guardia podían ascender á unos cincuenta y cinco mil hom-

bres, fuerza bastante para abrumar al enemigo que se tenia delante, sobre todo si se supiera que los austriacos acababan de cometer la falta de retroceder en Bohemia hasta Tetschen y Leimeritz, y que solo Wittgenstein y Kleist estaban al frente. Pero imposible era saberlo de positivo, y al no ver á los austriacos, solo cabia andar en conjeturas sobre cual seria su paradero. A mas Kleist y Wittgenstein permanecían en buen continente, y aun no se mostraban dispuestos á emprender la retirada.

De consiguiente en Zehist y en Dohna se estaba á la vez sobre dos caminos, por un lado sobre el de Peterswalde, que pasaba por Zehist y Gieshubel á Peterswalde, calzada nueva ancha y toda expedida para la artillería, y por otro lado el de Liebstadt que pasaba por Furteaswalde, calzada vieja, practicable para la artillería solo hasta este último punto, y cruzando desde allí la alta montaña del Geyersberg por senderos inaccesibles para los carros grandes. Este último camino fué el que siguió Kleist en la fatal jornada de Kulma hasta Furtenswalde, dejándolo despues á fin de ganar por un rodeo á la izquierda la calzada de Peterswalde y caer sobre Kulma de improviso. El mariscal Saint-Cir, inteligente como el que mas en el arte de aprovecharse del terreno, propuso tomar el camino viejo de Bohemia, trasladándose velozmente con el cuerpo 14.º y la Joven Guardia hacia Liebstadt y Furtenswalde, lanzarse acto continuo sobre el flanco de la columna enemiga, que habia tomado el camino de Peterswalde, y cortar asi una porcion mas ó menos gruesa de esta columna, y aun cruzar el Geyersberg, luego que se llegara á Furtenswalde, y obstar la retirada del enemigo á Bohemia.

En su dictámen, no perdonando esfuerzos, empleando muchos zapadores, se acabaria por abrir un camino á la artillería y por arribar al respaldo del Geyersberg, esto es sobre las espaldas del enemigo, con bastante cantidad de cañones.

Napoleon aprobó inmediatamente este plan ingenioso, aun ignorando si se podria pasar el Geyersberg con la artillería; pero en todo caso siempre habia mas probabilidades de causar daño al enemigo, yendo á lo largo de la posicion suya que atacándole directamente por el camino real de Peterswalde. Asi mientras el conde de Lobau se adelantaba con el primer cuerpo de Zehist sobre Gieshubel, de Gieshubel sobre Peterswalde, empujando al enemigo de frente, manteniéndose Napoleon cerca de la columna de Saint-Cir en persona, avanzó lateralmente y á paso bastante presuroso con el cuerpo 14.º y la Joven Guardia. De esta manera marchóse todo el dia 9.

Sin descubrir Kleist y Wittgenstein los refuerzos llevados por Napoleon, muy luego echaron de ver su presencia al simple aspecto de sus tropas, é inmediatamente se declararon en retirada. Sin embargo, se replegaban sin precipitacion alguna, y caminando Napoleon paralelamente á ellos por el camino viejo de Bohemia y viéndolos siempre de flanco, aunque no les llevara bastante delantera para cortarlos, sin mas que lanzarse de un camino á otro, se lisonjeaba de cogerlos de revés al dia siguiente, si llegado á la falda de las montañas, les podia cruzar con su artillería. Se bivaqueó la noche del 9 en Furtenswalde.

A otro dia 10 de setiembre por la mañana, se fué por Ebersdorf hacia una garganta, desde don-

de se divisaba el triste teatro de los sucesos de Kulma. A la derecha se veían las alturas de Geyersberg, á la izquierda las del Nollenberg, á lo largo de las cuales se desarrollaba el camino real de Peterswalde para bajar á Bohemia. Napoleón traspuso esta garganta acompañado del mariscal Saint-Cir y sus tropas ligeras, y á cierta distancia sobre su izquierda vió á las tropas enemigas, apresurándose á volver á pasar las montañas y amenazadas de no conseguirlo, si se lograba cruzar la garganta con medios suficientes de artillería. Tomando entonces una buena posición sobre una de las alturas que dominaban el camino, se podía reducir al contrario á operar por senderos casi impracticables una retirada desastrosa, y alcanzar un brillante desquite de lo de Kulma.

Llena la artillería de ardimiento empeñose bizarramente en medio de las rocas. Soldados y zapadores pusieron manos á la obra, si bien no lograron elevar sus cañones hasta la altura de la garganta y así vióse detenida la artillería por obstáculos insuperables. Se necesitaran veinte y cuatro horas para vencerlos, y en este espacio de tiempo debía el enemigo haber desfilado del todo. No cruzando el Geyersberg hasta el día siguiente, ó yendo por un rodeo á la izquierda á ganar de nuevo el camino de Peterswalde, se pudiera sin duda estrechar bastante de cerca á los prusianos y á los rusos, para darlos alcance y acometerlos atrevidamente, si se supiera que estaban separados de los austriacos. Pero este partido ofrecía muchos riesgos á que la prudencia aconsejaba no aventurarse. Con efecto la ausencia de los austriacos no era mas que una conjetura: no se les había descubierto há-

cia esta parte de las montañas, pero podían estar hácia la otra; y con cincuenta y cinco mil hombres no fuera cuerdo atacar á ciento treinta mil enemigos. Sin contar á los austriacos, Kleist y Wittgenstein debían tener cerca de setenta mil hombres, incluyendo las guardias prusiana y rusa dejadas al otro lado de las montañas, y aunque bien apostados cincuenta y cinco mil hombres les podían causar mucho daño, se resintiera de harto imprudente el bajar detrás de ellos á la llanura, sobre todo cuando exigían que se tornara á Dresde muchas razones graves, tales como la pérdida de la batalla de Dennewitz, una nueva agresión de Blücher contra Macdonald, y finalmente la aparición de muchos partidarios en todos los caminos. Siendo imposible cruzar el Geyersberg para cortar el camino real en el espacio de dos horas, ya no se podía intentar cosa de provecho, y Napoleón que, abarcando todas las fases de una situación de una sola ojeada, no perdía tiempo en resolverse, abrazó el partido de hacer alto. Sin embargo, como le importunaba la noticia esparcida á menudo de la irrupción de los partidarios en Sajonia, quiso que permanecieran en posición sus tropas, con el mariscal Saint-Cir en Geyersberg, el conde de Lobau en Nollenberg, y ambos hácia el desemboque de las montañas. Si estos partidarios figuraban como precursores de otros cuerpos de mayor monta, iniciando hacia Leipsick una operación que siempre había creído probable, su designio se cifraba en retenerlos algunos días, intimidándolos con su presencia mas arriba de Kulma, lo cual le daba tiempo de tomar las disposiciones proporcionadas á este nuevo peligro.

Por tanto, sobre aquel terreno erizado de rocas, donde los soldados y los zapadores se agotaban en inútiles esfuerzos para hacer que pasara la artillería, Napoleon cogió aparte al mariscal Saint-Cir y le declaró que renunciaba á esta tentativa, sin expresarle todas sus razones, harto numerosas para ser detalladas, y además no todas ellas para dichas. Le ordenó que mas arriba de Toeplitz se mantuviera dos dias por lo menos en una posicion amenazadora, y despues dejóle lleno de sorpresa y disgusto al ver abandonar un proyecto de que estaba prendado y de que se prometia gran fruto (4).

(4) De nuevo, aplicados como estamos á buscar la verdad rigurosa, citaremos aqui un pasage de las Memorias del mariscal Saint-Cir, quien pintando á su modo en el tomo IV, página 157 y siguientes, los hechos de que se acaba de dar noticia, refiere con sorpresa y enojo el repentino cambio de resolucion de Napoleon, y deplora no haber hallado en su persona aquel dia al grande hombre, á quien tiempos antes no pudo intimidar ni detener el monte San Bernardo. Aunque fuera positivo, y no lo es de ningun modo, que en estas últimas campañas se echara de menos al grande hombre de Rivoli y de Marengo, no seria en esta coyuntura. Ante todo existen hechos que el mariscal Saint-Cir ha exagerado, y otros que no llegaron á su noticia. Pretende que era facil hacer practicable el paso del Geyersberg: ahora bien, una carta de Napoleon á Mr. de Basano, que, afortunadamente para la historia, toma en cuenta esta circunstancia, dice de una manera terminante que era imposible abrir el camino; y tanto interés y aun de seo tenia Napoleon en efectuarlo que, á ser posible, en corto número de horas como se necesitaba, no dejara de ponerlo por obra. Mucho hincapié hace tambien el mariscal en la falta de no aprovechar la ausencia de los austriacos, para abrumar á Kleist y á Wittgenstein; ahora bien, esta ausencia por él sospechada, pero del todo desconocida y poco presumible entonces, no se ha convertido

Napoleon fué por Breitenau á Hollendorf á dar al conde de Lobau las mismas instrucciones, y á prescribirle de consiguiente que conservara una actitud amenazadora en el desemboque de las montañas; y despues volvió á pernoctar á Breitenau. Todo el dia 11 dedicólo á revisar las posiciones de esta comarca, tanto sobre la meseta de Pirna como sobre la de Gieshubel, y torno el 12 á la capital de Sajonia.

De vuelta en este punto, le daba harto asunto de reflexiones la situacion, muy grave sin duda, y que empezaba á resentirse de alarmante. Evidentísimo y seguido con funesta constancia era el plan acordado en Trachenberg de marchar todos juntos en su contra, esquivando el encuentro cuando acaudillara sus ejércitos en persona, y avanzando con resolucion si los capitaneaban no mas que sus lugartenientes, de agotarle asi en inútiles correrías, y luego de aspirar á envolverle, cuando se

en certidumbre hasta despues de muchas publicaciones históricas, y por tanto el juicio del mariscal viene á ser póstumo y fundado sobre datos inexactos refiriéndose, á las circunstancias del momento. Finalmente Saint-Cir ignoraba todo lo que acababa de saber Napoleon, quien nada le dijo de la situacion de Macdonald, ni de la de Ney, ni de la aparicion de los partidarios en Sajonia, aparicion alarmante y que podia ser interpretada de muchas maneras. Por consiguiente este mariscal ha emitido un juicio erróneo, por no conocer bien todos los hechos ó por no quererlos interpretar de un modo equitativo; y esta divergencia de pareceres entre dos hombres presentes á una misma hora sobre el terreno y competentísimos ambos, es una nueva prueba de la dificultad de juzgar bien sobre sucesos de esta naturaleza, y por tanto de escribir con toda verdad la historia.

encontrara muy debilitado para sofocarle; plan, que exigía una condicion perfectamente satisfecha hasta ahora, el conjunto y la perseverancia de los esfuerzos, y la resignacion á las pérdidas aunque fuesen enormes. Napoleon descubriólo á maravilla, y sin caer en el desaliento, á las claras veía formarse en torno suyo el círculo de hierro dentro del cual se procuraba encerrarle. Cuatro batallas se habian perdido en donde no se hallaba presente y por las faltas ya indicadas, faltas que accidentalmente se deben achacar á sus lugartenientes, y fundamentalmente á su persona. Estas batallas del Katzbach, de Gross-Beeren, de Kulma, de Dennewitz, habian excedido en importancia á la victoria de Dresde: cuando Napoleon quiso remediarlas, corrió inútilmente estos días sobre Gorlitz, y hoy sobre Peterswalde, y vió escapársele de continuo la ocasion de una gran batalla, con la cual esperaba repararlo todo. Esta situacion revelaba el único defecto de su plan de guerra concéntrica en torno de Dresde, el de haber extendido de sobra el radio, llevándolo hácia la izquierda hasta Berlin, de frente hasta Lowenberg, al par que hácia la derecha se veía obligado á prolongarlo hasta Peterswalde, lo cual hacía que estuviera muy distante de sus lugartenientes para dirigirlos y socorrerlos, y que las correrías que alternativamente se hallaba en la necesidad de ejecutar en persona le quitaran el tiempo, y á su muy jóven tropa el valor y la fuerza. Napoleon conocia este defecto ahora, y constreñido por la evidencia, y sobre todo por la triste situacion de sus soldados, formó el proyecto de atraer cerca de sí á sus lugartenientes. Con estos designios tomó la vuelta de Dresde, y sus nuevas órdenes

fueron calcadas y expedidas á tenor de ellos.

A la vuelta de las hostilidades tenia Napoleon cerca de trescientos sesenta mil hombres de tropas activas junto al Elba, desde Dresde hasta Hamburgo, sin incluir ni las guarniciones del Elba, del Oder y el Vistula, ni el cuerpo de Augereau destinado á Baviera, ni el del príncipe Eugenio dedicado á Italia. No le quedaban mas que doscientos cincuenta mil soldados despues de los sucesos de que se acaba de dar noticia. En vez de ochenta mil hombres apenas tenia Macdonald cincuenta mil con los cuerpos 3.º, 5.º, y 41.º, y sesenta mil si se contaba á Poniatowski. En vez de setenta mil apenas conservaba treinta y dos mil el cuerpo de Oudinot trasferido á Ney. Tambien la caballería habia perdido muchos ginetes y caballos en sus idas y venidas continuas. Pérdidas habian experimentado asimismo los cuerpos dejados en torno de Dresde menos considerables sin duda, por no sufrirlas de resultas del desbandamiento, consecuencia la mas formal de las derrotas: sin embargo, las habian tenido muy notables, y, segun acaba de verse, nuestras tropas, aun contando el cuerpo de Davout, no pasaban de doscientos cincuenta mil hombres, los cuales representaban nuestras fuerzas disponibles desde Dresde hasta Hamburgo. De consiguiente habia una pérdida de mas de cien mil hombres, debida al fuego, á las fatigas, á la desercion de las banderas, desercion grandisima entre nuestros aliados, mucho menor entre los franceses y de distinta naturaleza, si bien efectiva á pesar de todo. Al enemigo se pasaban los aliados, ó vestidos de paisanos se huían á sus casas, practicándolo asi los bavaros y los sajones: por supuesto que